

## Guerra Popular

*La guerra es la continuación de la política por otros medios*

.....

*... la política es guerra sin derramamiento de sangre,  
en tanto que la guerra es política con derramamiento de sangre*

*Mao Tse Tung*

*'Sobre la guerra prolongada'*

¡Guerra popular! Sí. ¡Cómo suena! Tan lejos en el espacio, tan lejos en el tiempo. Hoy, cincuenta años después, parece ya algo completamente obsoleto, que puede recibir atención por algunos historiadores marxistas, cada vez menos. Sin embargo, fue fundamental para nosotros allá en nuestros años de militancia: los primeros 70, cuando el franquismo terminaba de forma tan atroz como había existido, cuando nos jugábamos tanta cárcel y tanta vida.

Sí, yo creía en la necesidad de la guerra popular para terminar con el franquismo, pero, sobre todo para instaurar en España una República Popular. Como se ve, nada de medias tintas ni democracia liberal barata, ¡hasta el fondo! ¿Y cómo se aplicaba aquí 'a las condiciones concretas' (esa era la terminología) esa guerra popular tan maoísta? De eso y de sus implicaciones hablaré aquí. De lo que significaba en el día a día de militancia, de a dónde nos llevó.

Cuando empecé a militar, en el año 68, habían pasado ya doce años del informe al XX congreso del PCUS que acabó con el estalinismo, atribuyéndole todos los males. Luego, sin enmendar un ápice aquella crítica, la URSS invadió Hungría y Checoslovaquia. Los partidos comunistas, tanto los que estaban en el poder en Europa como los occidentales, caminaban por la senda del que nosotros llamábamos 'revisionismo'. Pero la verdad es que la esencia del movimiento comunista en el poder, que había llevado a las aberraciones estalinistas, se mantenía con un servilismo absoluto hacia el PCUS. Y si alguien no aceptaba eso, era invadido.

Olvidemos de momento el caso especial de Yugoslavia, y el de Albania, del que he hablado en otra ocasión. El gran partido que no había aceptado ese revisionismo era el chino y, a partir de 1964, habían surgido en muchos países de nuestro entorno grupos comunistas 'pro-chinos', los que mantenían la 'línea correcta' de continuación de la revolución comenzada en 1917. Los llamados partidos marxistas-leninistas

Hasta esta simpleza de análisis que acabo de hacer en dos párrafos era de mucho nivel para mí en aquellos tiempos; yo era incapaz de sutilezas de ningún tipo. ¿Y por qué decidí militar en el PCE(m-l), el partido 'pro-chino' proveniente de una escisión del PCE? No tengo ni la menor idea. Ni siquiera sé si la palabra 'decidí', que acabo de usar, es correcta; no sé si decidí o simplemente me deje llevar. Y creo que no soy el único que puede decir esto.

Tenía 18 años en aquel otoño, estaba en segundo de Matemáticas, me habían expulsado del colegio mayor en que viví en mi primer curso en Valencia por actividades que a los curas (que eran muy progres) no les gustaban y vivía en un piso con más gente. Recuerdo que

aprovechábamos las horas en que mis compañeros de piso no estaban para hacer reuniones de preparación para el ingreso en el partido. No recuerdo mucho de las discusiones políticas pero sí aquellos estatutos, con aquella terminología tan dura que marcaba los deberes del militante, y un buen día la noticia del que dirigía el grupo: 'ya sois miembros del partido'. Creo que no me enteré bien, pero allí estaba yo dispuesto a seguir.

Me pregunto muy a menudo por qué me lancé a militar, qué me llevó a ello. ¿No era más fácil dedicarse a estudiar Matemáticas, pasar luego a dar clase en un instituto y hacer una vida tranquila? A fin de cuentas yo tenía dificultades económicas: estudiaba con beca, daba clases particulares; era duro pero posible, podía haber buscado mi salida individual. Sin embargo elegí la otra salida: cada vez más militancia y menos estudios, perdí la beca y las clases particulares las 'mal-di' para sobrevivir.

Podía haber hecho como tanta gente que nunca se metió 'en líos'. Si, tanta gente, la inmensa mayoría. Quizás debería preguntarme qué había pasado, que había vivido yo en esos mis primeros dieciocho años para que sintiera esa necesidad de pelear, de pelear a cualquier precio. Tal vez ahí esté la respuesta que busco.

Yo era, esencialmente, y creo que lo sigo siendo, un niño de la calle, alguien que desde muy pequeño vivió en la calle más que dentro de casa; en el cercano parque de Ribalta, con los jardineros de día y espiando a las parejas de noche; jugando con mis amigos en un Castellón en el que apenas había coches; peleando a pedrada limpia contra los niños de las calles vecinas. Todavía conservo alguna cicatriz de aquella guerra, cicatriz física, claro; las cicatrices internas las estoy contando aquí. Quiero remarcar que era feliz.

No había tenido muchas opciones culturales en aquella gris ciudad, no era un joven culto como lo eran muchos compañeros de facultad. Sí es verdad que leía, mucho, pero de forma desordenada, buscando, sin saber muy bien qué, en las bibliotecas, nuevos libros; especialmente en los veranos en la biblioteca municipal de Lucena, en donde leí (¿por qué precisamente?) a Azorín y a una parte importante de la generación del 98. Y leí muchas cosas más, pero siempre, a lo largo de mi vida, he echado en falta una formación más sólida, más organizada. No fue posible.

Y luego estaba la familia, esa familia en la que no se vivía mal, no me quejo, y de la que saqué (¿mamé?) mi austeridad actual. ¡Qué remedio!, no había para más. En la que viví el miedo, ya lo he contado, y ese mensaje no expresado pero sí vivido hasta la médula de que habíamos perdido la guerra. Los perdedores lo estábamos pagando, para siempre seguiríamos pagando. No hubo respiro.

Y se pagó mucho. Mis abuelos paternos comenzaron emigrando del campo de Useras a la ciudad de Castellón. Allí mi abuelo construyó con sus manos dos veces la casa familiar porque las bombas franquistas se la echaron abajo. Y luego tuvieron que emigrar a Barcelona tras la guerra. Recuerdo mis visitas anuales a su casa. Casa por decir algo. Vivían en una barraca en un barrio de barracas —el Clot— de los muchos que había en Barcelona en los años cincuenta y sesenta. Recuerdo como si fuera hoy aquella construcción de adobe (las había de latas, de madera, era terrible) sin agua corriente y sin luz, construida por mi abuelo por las noches porque si te pillaban de día la echaban abajo. Recuerdo cuando acompañaba a mi abuela, con más de sesenta años, a buscar agua hasta la fuente, con un carro (llamo carro porque tenía dos ruedas aquel trasto)

cargado de enormes garrafas. Recuerdo cuando le leía el periódico a mi abuelo a la luz de un miserable candil. Recuerdo que la ventana del cuarto en que yo dormía daba a una enorme estación de tren, estación de mercancías pero por la que pasaba a todas las horas del día y de la noche el tráfico ferroviario hacia Francia.

Repito, yo era feliz allí también. Mis padres me llevaban al zoo, a ver Barcelona, aquella ciudad rica que existía junto a la miseria de las barracas, sin más que pasar el puente sobre las vías y coger el metro en la estación de las Navas. También mi padre me llevaba al paralelo, donde veíamos aquellas luces tan atractivas de 'El Molino' aquel templo de la revista (hoy se llamaría café-concierto) que él vivía como un lugar de transgresión y libertad pero al que no podía acceder, o al menos no conmigo. Luego cruzábamos el Barrio Chino, un lugar bien triste, por la calle Conde de Asalto (reconvertido hoy en El Raval) hasta llegar de nuevo a la ciudad hermosa, las Ramblas, el monumento a Colón, el puerto.

Haré un inciso para decir que años después, ya en plena militancia en Valencia, me resarcí con creces de aquella no-entrada en El Molino, aunque a pequeña escala. Mi camarada Enric y yo, abnegados militantes marxistas-leninistas y dignos representantes a nuestra escala de la alianza maoísta del proletariado (yo) y el campesinado (Enric), solíamos ir al teatro de variedades por excelencia de Valencia: El Alcázar, en el barrio de Ruzafa, donde entrábamos gratis como miembros de la 'clac' (grupo de personas que, desde el gallinero, aplauden para animar al público, como se hace ahora en los programas de TV) y donde aplaudíamos a rabiar (cuando nos lo ordenaba el responsable) a aquella Rosita Amores, cuyo mayor mérito artístico era mover locamente sus enormes tetas. Lo dicho: era un joven de la calle, feliz, gracias a las transgresiones, por supuesto. Las transgresiones me salvaron.

Volviendo a mi infancia, a Barcelona, uno de aquellos veranos, además, me operaron de la vista (cada uno de mis ojos miraba hacia un lugar distinto) en la clínica Barraquer, en la calle Muntaner. Una famosa clínica privada a la que supongo que mis padres pudieron llegar después de mucho ahorro. Recuerdo al oftalmólogo (el 'profesor'), que entonces era una institución ya en Barcelona y en el mundo y padre de una dinastía de oftalmólogos, como un viejecito amable y encantador, muy cariñoso conmigo.

En fin, como se ve, fui un niño feliz pero sabía muy bien cuál era mi lugar en aquella sociedad, en qué lado estaba y quizás todo esto explique muchas cosas de mis decisiones hacia la lucha clandestina. Alguna persona, no recuerdo, me dijo un día que militó porque quiso ponerse al lado de la gente oprimida, al lado de los desposeídos, de los que lo pasaban peor. Yo tengo muy claro que yo no lo hice por eso, no lo podía hacer por eso, porque yo era uno de ellos, era de esa clase oprimida, era de los perdedores. Y quizás sentía que ya era hora de dejar ser perdedores, que nuestros padres merecían que aquello se acabara, que había que intentarlo.

Repito una vez más: ¿por qué aquel partido y no cualquier otro de los que existían en la Universidad? Y repito: no sé. ¿Porque fue el primero con el que contactamos, al que encontramos? Probablemente. A partir de ahí empiezas a creer firmemente toda la línea política: el estalinismo no era malo, el pensamiento de Mao es el correcto actualmente, la guerra popular es necesaria, etc. etc. Y en lo que se traduce todo eso.

No recuerdo exactamente cuántos éramos en aquella reunión en que se nos aceptó en el partido (se aceptó nuestra candidatura al partido, estábamos a prueba) pero creo que éramos todos de la facultad de ciencias. Entre ellos Arturo, que estudiaba físicas. Le recuerdo con nitidez. Luego militamos unos años juntos en Valencia. Años después me enteré de que era homosexual, en una visita que me hizo con su pareja cuando yo vivía en Baracaldo. El planteamiento sobre la homosexualidad en los partidos comunistas y, por supuesto, en el nuestro, da para otro relato, de los largos.

Antes de su visita en Baracaldo me había cruzado con él en París, yo estaba de responsable del servicio de orden en un mitin del FRAP en La Mutualité y él había abandonado el Partido y era de aquellos que rápidamente pasaban a la categoría de ‘traidores’. Creo que le di algún empujón. Era la aplicación de la guerra popular a la situación concreta. Arturo me lo perdonó, del mismo modo que yo perdoné a otros después, y así sucesivamente ante cada abandono, cada escisión.

Incluido el año 76 en que un grupo importante abandonamos el partido y la dirección montó un llamado ‘comando Stalin’ (lo del estalinismo lo tenían meridianamente claro) para perseguir disidentes pistola en mano. Hasta el punto de que un grupo de camaradas recién salidos de la cárcel y que habían pasado la frontera por el monte tuvieron que recurrir a la gendarmería francesa en Bayona al verse asediados por aquellos locos. El jefe, un tal Venancio, acabó de fiel compañero de Rafael Blasco en Valencia, pasando al PSOE y luego al PP, y no fue a la cárcel con él por el desfalco a las ONG porque murió antes de una infección en un quirófano.

¡La guerra popular! Recuerdo que en alguna ocasión, pobre de mí, llevé pistola por Valencia. Una enorme estupidez preludio de la guerra popular pero que aumentaba los años de cárcel si eras detenido.

¡La guerra popular! ¡Lucha armada! ¡Uso de la violencia a distinta escala! Esa era la simplona aplicación de la teoría maoísta: los cócteles molotov en las manifestaciones, el exitoso derrumbe de la estatua de José Antonio Primo de Rivera en Valencia, la famosa quema del almacén de naranjas en Faura, la violencia contra el disidente. Y así hasta llegar a la muerte a navajazos de un policía de la BPS en la manifestación del uno de mayo de 1973. Aquel policía del que cuatro meses después, cuando me detuvieron, Billy el Niño me decía: ‘habéis ido a matar al más tonto’. Su conmiseración y empatía por su propio compañero era nula, como puede verse.

Y como colofón y desastre final, el año 75 en que la dirección del PCE(m-l), con sede en Ginebra, como todo el mundo sabe, decidió que ya estaban maduras las condiciones para la lucha armada, montaron unos comandos mal armados y peor preparados y mataron a unos cuantos policías, con un balance de fracaso total y los fusilamientos de tres camaradas en septiembre, el día 27.

Y nuestra reflexión ante eso es impactante y dolorosa: fueron ellos tres pero podíamos haber sido cualquiera de nosotros. Todo dependía del lugar en que estuvieras en aquel momento. Nosotros estábamos en la cárcel, lo cual (¡qué triste!) nos salvó de participar en aquel mal remedo de lucha armada. Quien mejor retrata esa situación es mi querido amigo Bernardo Fuster en su libro ‘El contador de abejas muertas’, cuando explica que ese año le propusieron primero ir a pegar tiros, entrar en un comando armado, y después, como alternativa, marcharse al exilio a

cantar y componer, a ser la voz del FRAP: ‘... entre formar parte de un comando armado o ponerme a cantar lo que hiciese falta no tenía la menor duda’.

Nos salvamos a pesar de todo, a pesar de nuestro sectarismo y de nuestra obediencia ciega a la dirección (de nuestro centralismo democrático), nos salvamos de dar alguna paliza a alguien, nos salvamos del grupo armado, nos salvamos de tantas cosas. Y, gracias a aquella inmensa chapuza, aprendimos que la lucha armada no servía para nada. Menos mal, y si no véase la historia de ETA.

Como ya he repetido alguna vez: ¡qué suerte que no matamos a nadie! Es triste reconocer que fue por suerte, por no estar ‘en el lugar adecuado en el momento adecuado’ y no por convicciones ideológicas.

Aunque también hay que decir, para que no suene tan penoso, que sí fue por convicciones ideológicas y precisamente por nuestra oposición frontal a aquella lucha armada por lo que abandonamos aquel partido el verano de 1976. Fue en ese momento cuando empezamos a vivir. Algunos camaradas pasaron al PCE, otros a la ORT, algunos, pocos, más tarde, acabaron en el PSOE. Yo me prometí a mí mismo que jamás militaría en partido alguno. Y lo he cumplido.

Creo que debo resaltar, para terminar, que este es un relato centrado en la violencia ejercida; por decirlo de forma sencilla. Pero, por respeto a mis camaradas, quiero advertir que da una visión sesgada de lo que fuimos. Porque obvia lo que se llama la ‘lucha de masas’ y el papel de la vanguardia en esa lucha, tesis también muy maoístas. Creo que cuanto más lejos y aislados estuvimos de la dirección, gracias a la clandestinidad, más trabajo de movilización hicimos para defender los intereses inmediatos de las personas, en la universidad, en el campo, en las fábricas. No puedo evitar citar aquí el gran boicot al transporte público que, como respuesta al aumento del precio, convocamos y conseguimos en Valencia en el mes de junio de 1971; éramos todavía muy pocos militantes, pero nuestro llamamiento a no coger los autobuses de la SALTUV fue ampliamente seguido hasta paralizar aquel día la ciudad de Valencia. Y no exagero, fue así.

Y también se podría matizar si determinados actos que he incluido en la categoría de ‘violentos’ no formaban parte de la lucha de masas en ese momento: ¿los cócteles?, ¿la estatua de José Antonio?,...

No sé si estos últimos párrafos tienen importancia en este relato o lo desvirtúan. Reconozco que están añadidos al final y tras varias lecturas. Porque personalmente, anímicamente, muy adentro en mi intimidad, quizás necesito ese contrapunto que me haga sentirme bien, sentir que aportamos algo a la lucha contra el franquismo, sentir que los años de sufrimiento, cárcel, exilio, no fueron en balde.

¿O sí lo fueron?

---

P. Orensa